

TECNOLOGÍAS DE INFORMACIÓN Y COMUNICACIÓN SOCIAL HACIA LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO

LUCILA HINOJOSA CÓRDOVA
(coordinadora)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



Jesús Ancer Rodríguez

Rector

Rogelio G. Garza Rivera

Secretario General

Rogelio Villarreal Elizondo

Secretario de Extensión y Cultura

Celso José Garza Acuña

Director de Publicaciones

Lucinda Sepúlveda García

Directora de la Facultad de Ciencias de la Comunicación

Padre Mier No. 909 poniente, esquina con Vallarta
Monterrey, Nuevo León, México, C.P. 64000

Teléfono: (5281) 8329 4111 / Fax: (5281) 8329 4095

e-mail: publicaciones@seyc.uanl.mx

Página web: www.uanl.mx/publicaciones

Primera edición, 2011

© Universidad Autónoma de Nuevo León

© Lucila Hinojosa Córdova

ISBN: 978-607-433-763-1

Impreso en Monterrey, México

Printed in Monterrey, Mexico

Investigación de la comunicación, incertidumbre y conocimiento de la sociedad

Raúl Fuentes Navarro¹

Mi agradecimiento más sincero a Lucila Hinojosa por la invitación a participar en este IV Coloquio Internacional, que me da la oportunidad de compartir con la comunidad académica de la Facultad de Ciencias de la Comunicación de esta universidad, una de las mayores y más importantes del país, algunas reflexiones sobre las condiciones de desarrollo de la investigación de la comunicación en un entorno complejo y apasionante.

Subrayo, más allá de la protocolaria cortesía esperada en un invitado, mi profundo interés por aprovechar esta oportunidad que me ofrecen, tanto en el sentido de lo que puedo aprender en ella como en cuanto a la posibilidad de reconocer y reforzar algunos puntos de comprensión mutua, es decir, de comunicación, entre esta comunidad académica y las que, en mi trabajo cotidiano en Guadalajara, me permiten sostener algunas con-

¹ Profesor-investigador Numerario del Departamento de Estudios Socioculturales del IIESO (Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente) y profesor-investigador Titular "C" del Departamento de Estudios de la Comunicación Social de la Universidad de Guadalajara. Coordinador del Doctorado en Estudios Científico-Sociales del IIESO. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI, Nivel III). Miembro de la Comisión Dictaminadora de Ciencias Sociales del SNI, 2006-2008. Miembro Regular de la Academia Mexicana de Ciencias, raul@iteso.mx

vicciones y muchas interrogantes, antiguas y nuevas, a propósito del entorno sociocultural en el que transcurrimos.

Propuse para esta conferencia un título con tres términos: “investigación de la comunicación”, que es al mismo tiempo uno de los ejes centrales de mi identidad profesional y el objeto genérico de mi investigación. Buena parte de mi trabajo de los últimos años, o décadas ya, ha sido precisamente investigar la investigación de la comunicación. El segundo término, “incertidumbre”, es al mismo tiempo un tema de moda, una preocupación común contemporánea, y un factor de impulso imprescindible para la ciencia y la práctica de la comunicación. Hasta ahí, no tendría por qué salirme de una exposición más o menos convencional. Eso lo intento lograr con el tercero de los términos, al invertir la fórmula de la “sociedad del conocimiento” por el “conocimiento de la sociedad”, el que creo que a partir de la incertidumbre podría aportar a la propia sociedad la investigación de la comunicación. Veamos si logro suscitar su interés por un diálogo a propósito de esa interrelación de términos, que abordo también en orden inverso al que indica el título.

En las últimas semanas se ha reavivado notablemente en cierta parte de nuestro espacio público la muy vieja e intrincada pugna por los presupuestos dedicados a la educación superior, la ciencia, la tecnología y, término relativamente novedoso, la innovación. No es la primera vez que el sector universitario, al que pertenecemos, exige el reconocimiento público y efectivo de su importancia para el desarrollo nacional ante los poderes institucionales que parecen empeñados en ignorarla y menospreciarla. Me sumo por supuesto a esa exigencia, pero independientemente de su eficacia política, quisiera también explorar algunas consideraciones académicas, ojalá críticas y autocríticas, al respecto. El punto de partida para ellas es la convicción que sostengo de que ser parte de este sector universitario en nuestro país es un privilegio, más que un logro meritario o un derecho vigente, pues depende de una estructura histórica que,

por este y otros medios, poco ha hecho para compensar la desigualdad. Los universitarios somos menos del cinco por ciento de la población. De ahí que la implicación fundamental de ser universitario sea la responsabilidad social.

En los planteamientos públicos de la Academia Mexicana de Ciencias, el Foro Consultivo Científico y Tecnológico, diversas asociaciones científicas y académicas, y muchas universidades representadas por sus más altas autoridades, a la exigencia de mayores presupuestos se suele unir la consideración de que los problemas del desarrollo de las tareas de la producción científica y la educación superior no son sólo financieras, y que la mítica y legal meta de que México invierta el 1% del Producto Interno Bruto en estos sectores tendría que ser un objetivo irrenunciable, aunque progresivo porque nunca ha llegado ni a la mitad, pero, además, incorporado en un proceso de cambio profundo de las políticas y las prácticas vigentes, en las que yo privilegio la dimensión cultural.

Es muy impactante ver, ahora en universidades de los estados y no sólo de la capital del país, espectaculares instalaciones para el trabajo educativo y científico, edificadas y equipadas sin duda a altos costos, pero con usos o productos todavía muy precarios. Recuerdo haber conocido varias bibliotecas universitarias instaladas en edificios de los llamados “inteligentes”, donde había muy pocos libros, muchos de ellos todavía envueltos en celofán, seguramente para protegerlos del polvo, muchas computadoras apagadas, y casi ningún estudiante o profesor que consultara los libros o las redes digitales. También, por supuesto, he visto las condiciones de extrema precariedad en que pequeñas comunidades académicas realizan tareas académicas, si no de excelencia, sí de digna y meritoria calidad y pertinencia. No quiero ser maniqueo, sino apuntar hacia una obviedad: la producción de conocimiento pertinente y de calidad, además de depender del financiamiento, es una función sobre todo cultural.

Y la cultura científica y académica en México, en cualquiera de sus escalas y dimensiones, es todavía extremadamente débil y en muchos sentidos anacrónica. Voy a mencionar un solo ejemplo, que me parece sorprendente, aunque no sea en absoluto inexplicable. Como todos sabemos, desde 1984 opera en México, caso excepcional en casi cualquier sentido, el Sistema Nacional de Investigadores, que apoya con reconocimiento y estímulos económicos a los investigadores, previa evaluación periódica por comités de pares. Como miembro beneficiario del Sistema, y habiendo tenido la oportunidad de formar parte recientemente de la comisión dictaminadora de Ciencias Sociales, puedo atestiguar la calidad estrictamente académica de la evaluación, pero también algunas limitaciones institucionales que no son precisamente burocráticas, sino culturales en su sentido más amplio.

En cada periodo de evaluación, cada investigador debe entregar ejemplares de sus productos científicos, sobre todo libros y artículos publicados. La comisión dictaminadora los revisa como parte fundamental de la evaluación, y al terminar el proceso, el investigador debe pasar a recoger su expediente o dejar que después de un tiempo razonable, su contenido, es decir, libros y revistas, sea destruido. Hay buenas razones para hacer eso, más allá de la eficiencia en el uso del espacio, que no son fáciles de modificar, ya que paradójicamente, en términos legales, los productos de la investigación no son bienes públicos y deben ser respetados los derechos de propiedad y de confidencialidad de su producción. Sobra decir que la mayor parte, casi la totalidad, de esa producción científica y editorial se financia con fondos públicos, y que muchos de los investigadores, entre los cuales están los más influyentes, no estarían dispuestos a renunciar a esa confidencialidad. El único comentario adicional que puedo hacer al respecto es que, después de veinticinco años de contar con un Sistema Nacional de Investigadores, el país no cuenta con una Biblioteca Nacional de la Ciencia, completa y actualizada, cuyo acervo correspondiera a la producción eva-

luada periódicamente por pares del más alto nivel de reconocimiento oficial y que estuviera disponible a quien le interesara, de una manera pública y profesional.

Quiero ubicar la precariedad de la cultura científica y académica mexicana, así ejemplificada, en relación todavía con los debates y las medidas de política pública que rigen institucionalmente nuestro trabajo académico y científico. Es muy saludable por supuesto la intención de incorporar al país a las tendencias contemporáneas de reforma que están implicadas en debates internacionales como el referido a la "Sociedad de la Información" versus la "Sociedad del Conocimiento", debates en cuya formulación y desarrollo tienen un lugar central los objetos de estudio de nuestro campo académico, de la investigación en "ciencias de la comunicación", al que me referiré específicamente más adelante, pero creo que esos debates deberían profundizarse y actualizarse en relación más estrecha con las prácticas académicas, sus estructuras organizativas y sus condiciones culturales, además de sus manifestaciones discursivas y sus propósitos abstractos.

Permítanme manifestar mi escepticismo con respecto a la eficacia constatable o al menos esperable a mediano plazo, de gran parte de las formulaciones discursivas adoptadas y de las prácticas reformadas en nuestro país, y quizá en muchos otros, en función de esa deseable sociedad del "conocimiento". Releo para ello el planteamiento oficial de la UNESCO, publicado en 2005 bajo el título *Hacia las sociedades del conocimiento*, de cuya introducción extraigo un par de fragmentos cruciales:

Cada sociedad cuenta con sus propios puntos fuertes en materia de conocimiento. Por consiguiente, es necesario actuar para que los conocimientos de los que son ya depositarias las distintas sociedades se articulen con las nuevas formas de elaboración, adquisición y difusión del

saber valorizadas por el modelo de la economía del conocimiento.

La noción de sociedad de la información se basa en los progresos tecnológicos. En cambio, el concepto de sociedades del conocimiento comprende dimensiones sociales, éticas y políticas mucho más vastas. El hecho de que nos refiramos a sociedades, en plural, no se debe al azar, sino a la intención de rechazar la unicidad de un modelo “listo para su uso” que no tenga suficientemente en cuenta la diversidad cultural y lingüística, único elemento que nos permite a todos reconocernos en los cambios que se están produciendo actualmente. Hay siempre diferentes formas de conocimiento y cultura que intervienen en la edificación de las sociedades, comprendidas aquellas muy influidas por el progreso científico y técnico moderno. No se puede admitir que la revolución de las tecnologías de la información y la comunicación nos conduzca –en virtud de un determinismo tecnológico estrecho y fatalista– a prever una forma única de sociedad posible.

La importancia de la educación y del espíritu crítico pone de relieve que en la tarea de construir auténticas sociedades del conocimiento, las nuevas posibilidades ofrecidas por Internet o los instrumentos multimedia no deben hacer que nos desinterese por otros instrumentos auténticos del conocimiento como la prensa, la radio, la televisión y, sobre todo, la escuela. Antes que los ordenadores y el acceso a Internet, la mayoría de las poblaciones del mundo necesita los libros, los manuales escolares y los maestros de que carecen.²

² UNESCO (2005): *Hacia las Sociedades del Conocimiento*. París: UNESCO, p.17.

Habría que seguir releendo y repensando, desde la perspectiva de los escasos debates y la abundancia discursiva en nuestros ámbitos más cercanos, en este documento y en muchos otros, la problematización de las propuestas y de las posiciones, antes que la formulación de un programa a seguir ciegamente. Por ello extraigo un segundo y último fragmento de esta introducción, referido a los “desafíos” de la disociación social y de la excesiva mercantilización del conocimiento:

¿Las sociedades del conocimiento serán sociedades donde el saber esté compartido y el conocimiento sea accesible a todos, o sociedades donde el saber esté repartido? En la era de la información, y en un momento en el que se nos promete el advenimiento de las sociedades del conocimiento, podemos observar cómo se multiplican paradójicamente las brechas y las exclusiones, tanto entre los países del Norte y del Sur como dentro de cada sociedad.

[...] El conocimiento no se puede considerar una mercancía como las demás. La tendencia actual a la privatización e internacionalización de los sistemas de enseñanza superior merece una atención especial por parte de los encargados de adoptar decisiones y debería examinarse en el marco de un debate público, efectuando un verdadero trabajo de prospectiva a escala nacional, regional e internacional. El saber representa un bien común y su mercantilización merece, por consiguiente, un examen atento.³

Subrayo que en buena medida esta problematización formulada por la UNESCO implica a los medios, las políticas y los concep-

³ UNESCO (2005): *Hacia las Sociedades del Conocimiento*. París: UNESCO, pp.22-21.

tos de comunicación, conocimiento y cultura en relación con un contexto económico, político y tecnológico que los amenaza e instrumentaliza en todas las sociedades. La consecuencia obvia sería atender, desde modelos y prácticas de comunicación social, en su sentido más amplio y general, y en situación, los escenarios históricos que se configuran y la capacidad colectiva de incidir en ellos, muy especialmente desde las universidades.

Es evidente la necesidad de revisar y reestructurar buena parte de las prácticas académicas y científicas, sobre todo las universitarias, pero al hacerlo hay que resguardar algunos de los principios y sentidos fundamentales de su constitución social. Esa operación no es fácil. Algunos colegas muy apreciados y respetados, coordinados por Jesús Martín Barbero, acaban de publicar un libro estimulante y provocador, que lleva por título *Entre saberes desechables y saberes indispensables (agendas de país desde la comunicación)*,¹ que considero un avance muy pertinente en esta reflexión. La solapa del libro dice que:

Trata de pensar en voz alta, en público, con mucha pasión latinoamericana y dolor de país. Intenta meter en el investigar y el pensar más país, más ciudadanía, más diversidad. Martín-Barbero, Reguillo, Entel, Marroquín, Alves, Herschmann y Rincón producen esta carta pública de las agendas que necesitamos para pensarnos como latinoamericanos, desde cada uno de nuestros países pero entrelazados, y asumiendo el reto enorme que contiene la comunicación en nuestros días: su transformación en ojo del huracán, en ecosistema o tercer entorno, en campo/problema/eje desde el que otear los otros campos de la sociedad.

¹ Martín-Barbero, Jesús (Coord.) (2009): *Entre saberes desechables y saberes indispensables (agendas de país desde la comunicación)*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung.

Provocadora y ejemplarmente, este libro y otros editados por el Centro de Competencia en Comunicación para América Latina de la Fundación Friedrich Ebert, pueden obtenerse libremente, en versión electrónica, en el sitio del Centro en Internet [<http://www.c3fes.net/>]. Múltiples recursos de este tipo, que hacen consistente su forma de acceso con su contenido, ejemplifican una forma de la sociedad del conocimiento basada en la comunicación que elude los desafíos de la disociación social y de la mercantilización, pero que supone también el acceso y la capacidad cultural implicada en la búsqueda, la lectura y la reflexión compartida. Por ello, remito de una vez a la consideración de Néstor García Canclini de que la reflexión sobre la sociedad del conocimiento es también una reflexión y una propuesta de la sociedad del reconocimiento.²

En el libro que menciono y recomiendo se hace un ejercicio que sin duda puede calificarse de parcial y sesgado, o incluso de voluntarista o maniqueo, pero que expresa una convicción de base que comparto y que puede argumentarse sintéticamente en la necesidad autocrítica de reasumir la responsabilidad social e histórica del trabajo universitario, de compensar la burocratización y el eficientismo que los académicos y los estudiantes muchas veces nos imponemos a nosotros mismos. Cito un párrafo digno de ser reflexionado y debatido:

La urgencia por reubicar a la universidad y sus modos de pensar e investigar responde a una realidad social y política cada vez más marcada por el mercado y más lejos de la vida nacional y local. Pero se trata de una ur-

² García Canclini, Néstor (2008): "Contextos de la investigación: sociedad de la información, del conocimiento y del reconocimiento", Conferencia inaugural del Primer Congreso de la Asociación Española de Investigadores de la Comunicación, Santiago de Compostela.

gencia que nada tiene que ver con la prisa nerviosa de la gente ni con la aceleración tecnológica, sino más bien con la lentitud, y hasta el estancamiento, de un pensamiento crítico que, enredado en las discusiones internas de la academia y en las inercias ideológicas, resulta incapaz de acompañar de cerca las transformaciones de lo real social y cultural. Pues nunca la distancia, necesaria al pensar, se ha vuelto tan perversa como cuando lo pensado va no tiene que ver con lo que vive y siente la gente del común.⁷

Cuestionamiento central en el debate sobre las sociedades del conocimiento: el “nuevo” papel de la educación y de la universidad en la orientación, producción, reproducción y distribución social de los saberes, ante el despojo que estas instituciones han sufrido del monopolio que alguna vez, en siglos pasados, tuvieron y que ahora detentan otros agentes sociales, que al mercantilizar el conocimiento someten sus ciclos sociales, incluyendo los científicos y universitarios, a una reducción disociante. Pero, además, con consecuencias muy peligrosas. Mi colega Rossana Reguillo, en su contribución al libro citado, analiza la “contingencia” de hace unos meses, a propósito de la pandemia iniciada en México por el virus llamado A H1N1, que hizo estragos en la salud, la economía y casi cualquier otra dimensión de la vida nacional. La crisis del sistema nacional de salud fue tan evidente como la crisis del sistema nacional de comunicación social. Para Reguillo,

la mezcla (explosiva) de falta de credibilidad –ganada a pulso– en las autoridades, la ausencia de una estrategia

⁷ Martín-Barbero, Jesús (Coord.) (2009): *Entre saberes desechables y saberes indispensables agendas de país desde la comunicación*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung, p.6.

de comunicación de riesgo en momentos de emergencia, amados a los decibeles empleados por muchos medios de comunicación, especialmente la televisión comercial y la proliferación de sofisticadas hipótesis interpretativas sobre lo que ha ocurrido, han configurado un espacio público sumamente complejo que no ha abonado al fortalecimiento del tejido democrático y, muy por el contrario, azuzó lo más añejo e inconsciente de nuestros miedos [...] Considero que las preguntas (y las críticas) frente a estas “derivas” de la epidemia, son casi obvias: ¿Dónde está la universidad en estos tiempos de crisis fundamentales? ¿Dónde sus expertos? ¿Dónde su voz crítica y necesaria frente al manejo de una comunicación errática y carente de propuestas imaginativas e inteligentes?⁷

En el mismo texto, Reguillo se refiere a las crecientes distancias entre la experiencia común de los desafíos y amenazas contemporáneas, de las crisis políticas y económicas enlazadas, de las formas culturales y la descomposición social asociadas al narcotráfico y la guerra contra él, de las crecientes brechas no sólo económicas o educativas, sino culturales y simbólicas entre sectores, géneros, regiones, grupos de edad, mientras la banalización y la espectacularización saltan de los medios a las políticas, y a los marcos de interpretación, y finalmente, de la incapacidad de la investigación académica no sólo de dar cuenta de esa contemporaneidad, sino de contribuir a descubrir, experimentar, establecer dinámicas alternativas. Comparto con ella que “no es fácil imaginar la relación entre el país imaginado, el real, el mediático, el cotidiano diferencial y las tareas que competen

⁷ Reguillo, Rossana (2009): “México: contra el ábaco de lo básico. Agendas de país y desafíos para la comunicación”. En: Martín-Barbero, Jesús (Coord.) (2009): *Entre saberes desechables y saberes indispensables agendas de país desde la comunicación*. Bogotá, Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung, pp. 39-40.

a la universidad, factoría de las posibilidades futuras, bodega activa de lo que ha sido, taller de lo contemporáneo".⁷

Los investigadores de la comunicación que trabajamos en universidades mexicanas somos muy pocos para hacernos cargo de desafíos tan complejos y profundos como los que la sensibilidad ante el transcurrir cotidiano permite advertir, pero si fuéramos más y tuviéramos mayor cantidad de recursos a nuestra disposición probablemente seríamos menos capaces, como comunidad, de hacer eso. Nos falta, entre otras muchas cosas, capacidad reflexiva y de debate, entre nosotros y con otros agentes sociales. Nos falta, quizá, asumir una postura más sólida y compartida ante la relación entre incertidumbre y comunicación.

He dedicado, desde hace muchos años, una parte de mi tiempo de trabajo a sistematizar e interpretar información sobre el campo académico de la comunicación en México, simultánea y articuladamente con mis tareas como profesor, especialmente en programas de posgrado. Soy por necesidad optimista con respecto a la posibilidad de enfrentar con eficacia creciente los desafíos de la producción pertinente y consistente de conocimiento sobre la sociedad con la comunicación como eje estratégico. Sé que, como lo ha formulado un investigador estadounidense, "comprender la comunicación es comprender mucho más".⁸ Pero debo decir que, actualmente, a pesar del crecimiento de algunos indicadores, la investigación de la comunicación en México está, quizá como el país entero, estancada y concentrada, fragmentada y crecientemente desbordada por las transformaciones de sus objetos. Y que los investigado-

res no estamos prestando la suficiente atención crítica a esta situación.

Me preocupa sobre todo la posibilidad de que eso que Rossana Reguillo llama la "espectacularización y banalización", y que yo identifico como "inmediatismo superficial" de la comunicación mercantil, como pautas culturales cada día más predominantes, que sustituyen paulatinamente con emociones los procesos constitutivos y deliberativos en la sociedad, no sólo vayan dominando en los campos de la política, la economía y la cultura institucionalizadas, sino también en las universidades. La incertidumbre, motor esencial de la evolución, de la política, de la información, de la ciencia, no puede distraerse con certezas artificiales. Exige ser enfrentada con proyectos sociales que sólo la comunicación puede articular. Me parece que estas tendencias conformistas, ni siquiera adoptadas racionalmente en función de un cierto y deformado "realismo", sino impuestas por la incapacidad ante la inercia, son ya, desde hace muchos años, predominantes en la formación profesional y, crecientemente también en los posgrados y la investigación, no solo en comunicación.

Al igual que en otros países, la producción de investigación académica de la comunicación en México manifiesta una clara tendencia a la fragmentación, que no a la especialización. La diferencia es importante: la producción científica, en cualquier área, tiende a especializarse, a subdividirse, a ramificarse, para poder mantener en límites razonables el rango de fenómenos a estudiar, es decir, para que los especialistas puedan conocer a fondo su campo de estudio y participar en su desarrollo tomando decisiones individuales, locales e internacionales articuladas unas con otras, tendientes a ser decisiones colegiadas. Cuando esta articulación se pierde, la subdivisión se convierte en fragmentación, en alejamiento progresivo de unas especialidades con respecto a las otras, en aislamiento. La investigación de la comunicación, precaria como es, tiende más a fragmentarse que

Reguillo, Rossana (2009): "México: contra el abaco de lo básico. Agendas de país y desafíos para la comunicación". En: Martín-Barbero, Jesús (Coord.) (2009): *Entre saberes escuchables y saberes indisponibles agendas de país desde la comunicación*. Bogotá: Centro de Competencia en Comunicación para América Latina, Friedrich Ebert Stiftung, p. 18.

Peters, John Durham (1999): *Speaking into the Air: A history of the idea of communication*. Chicago & London: The University of Chicago Press, p. 2.

a especializarse en todo el mundo, debido quizá sobre todo a su debilidad teórico-metodológica de base.

Cada "segmento" de investigación tiende a adoptar sus propias convenciones, sus propios consensos sobre "qué es" su objeto y cómo conviene investigarlo, es decir, a qué factores académicos y extra-académicos es necesario articular la práctica científica, independientemente de su fundamentación más amplia. Ante un conjunto de referentes a los que se les puede llamar "comunicación", que crece, se expande y cambia a una altísima velocidad, el sentido de urgencia prevalece sobre la capacidad reflexiva y la investigación, desde sus bases, se dispersa y diversifica, más que fortalecerse. Los productos de la investigación, y muy especialmente los que corresponden a los procesos de formación de investigadores (las tesis de posgrado), mantienen algunas referencias generales comunes, pero constituyen sus propios "modelos", cada vez menos articulados entre sí. No es sorprendente que los "textos" comunes, de amplio espectro en cuanto a su presencia en diversos tipos de proyectos, incluyan cada vez menos aportes específicos a la teoría de la comunicación, y más, en general, a la sociedad o la cultura contemporáneas.

Y quizá paradójicamente, esta fragmentación está concentrada. Desde hace al menos veinte años, el 75% de la investigación de la comunicación en México se produce en cinco universidades, donde están los posgrados acreditados por el Padrón Nacional de Posgrado y más del 60% de los investigadores reconocidos por el Sistema Nacional de Investigadores. Pero la fragmentación antes descrita no se disminuye por esa concentración. Ambas son, quizá, manifestaciones de una condición más general, que habría que analizar con mayor intensidad y agudeza.

Por otra parte, creo que los factores tecnológicos de la "comunicación" contemporánea son probablemente el mayor disruptor de nuestro campo de estudio, además de uno de sus principales impulsores, en tanto modificador del objeto y en

cuanto a apoyo para la construcción y el mantenimiento de los nexos que hacen un campo. Pero la creciente importancia y omnipresencia de las tecnologías "de comunicación" en las transformaciones económicas, políticas y culturales del mundo contemporáneo, contribuye en buena medida a supeditar, conceptual y prácticamente, el desarrollo de la comunicación-interacción social al desarrollo de las tecnologías que median muchos de sus procesos y sistemas.

Y ese desarrollo es notable, por su velocidad y su alcance, aunque también por la concentración de poderes (político-económico-culturales) de la que es indisoluble. La gran paradoja del desarrollo tecnológico de "las comunicaciones" es que sus valores (otra vez, políticos, económicos, culturales) y capacidades de ampliación de las fronteras (espaciales y temporales), reducen al mismo tiempo los costos y esfuerzos necesarios para la comunicación (y para muchas otras "operaciones" constitutivas de la vida social) y las opciones de los sujetos interactuantes, especialmente las que se refieren a la interpretación del sentido de la interacción misma, subsumida por la "interactividad" de los sistemas.

Hay una gran tendencia, antigua e históricamente tematizada, a mitificar los aportes tecnológicos a la comunicación y la configuración sociocultural de la vida (que incluye centralmente las identidades de los sujetos), de manera que así como se concentran las capacidades de innovación y de control de los sistemas, se reducen también las posibilidades de apropiación y uso. Pero, sujetos la innovación, diseño, control, distribución y acceso, a intereses globales no sólo mercantiles, muchos de los procesos, sistemas y aplicaciones tienden a convertirse en simulaciones de participación, de aprendizaje, de diversión, de información, de ciudadanía, de progreso, de comunicación.

No se trataría de sostener con esto, en absoluto, un discurso o una postura anti-tecnológicos. Por el contrario, lo que se afirma es la necesidad de una integración conceptual, intelectual, metodológica, de los factores tecnológicos a su matriz so-

ciotológica, y a los procesos socioculturales que no sólo determinan, sino que también son indisociables de su origen y proyección. Lo que no parece ocurrir en la investigación y la enseñanza de la comunicación es precisamente el fortalecimiento de esta capacidad crítica de "apropiación" de la tecnología como factor de la comunicación, la sociedad y la cultura contemporáneas.

Finalmente, tengo que decir que una consecuencia del debilitamiento de la capacidad crítica, del inmediatismo superficial y de la fragmentación de los avances académicos en el estudio de la comunicación es la creciente distancia entre los modelos de comunicación y los modelos de democracia que siempre, desde el origen de los estudios de la comunicación, se ha intentado integrar. Lo que acaba siendo evidente en las campañas electorales, la reducción de "la comunicación" a campañas de spots televisivos y por lo tanto al control de recursos de acceso a los medios de difusión, es manifestación de la extendida incapacidad entre los diversos agentes sociales, de apreciar y respetar los derechos comunicativos de los ciudadanos, indisociables de los demás derechos individuales y sociales, y condición fundamental para su ejercicio.

La reducción de la comunicación a sus manifestaciones más instrumentales, en la práctica, así como la reducción de la política al ejercicio formal del voto, contribuyen más al predominio de mediaciones sociales autoritarias que democráticas, y se enraizan como cultura. Asumir estas reducciones de la comunicación desde la academia, también por supuesto sujeta a fuertes impulsos instrumentalizadores, es un desafío que tendría que ser más serio y prioritariamente analizado y debatido en los ambientes universitarios. Las "fuerzas del mercado" y la ética asociada a su vigencia, no son exclusivas de algún sector dominante en lo económico, sino que permean también al Estado y a la "sociedad civil", a la política y a la cultura, a la ciencia y a la educación.

En este contexto, creo que los debates sobre la sociedad del conocimiento tendrían que profundizarse y extenderse en términos de un proyecto social responsable de sí mismo, lo cual sólo sería posible mediante el ejercicio de la comunicación, pero no de las formas instrumentales y fragmentarias, socialmente disociantes y exageradamente mercantiles que crecientemente la simulan. En el centro de los desafíos fundamentales de la transformación de la universidad está, a mi manera de ver, el fortalecimiento de la capacidad de aportar responsable y estratégicamente, ante la incertidumbre y el cambio histórico, elementos de conocimiento sistemático y riguroso de la sociedad, la que ha sido y la que es, pero sobre todo la que puede llegar a ser.